

Penetración de la cultura neoliberal hasta los valores de la cultura mexicana

José Vergara Acosta

Introducción

Este primer semestre del año 2001 ha resultado muy abundante en datos culturales significativos. Para no dejar de tratarlos en el breve espacio del que disponemos, acortamos al máximo las introducciones, y procuramos que el análisis de los hechos siga un orden analítico más que cronológico, que conduzca hasta nuestra conclusión: la necesidad de crear un nuevo Estado mexicano con un nuevo régimen.

Continuando con el análisis anterior, detectamos otro avance considerable de la globalización. En el semestre pasado constatamos una remodelación notable de las instituciones, principalmente políticas y, desde ellas, un cambio notable en la sociedad, a juzgar por los resultados del voto en la elección presidencial. Ahora percibimos un tiempo cuidadosamente presentado para asentar con optimismo los cambios hechos y tranquilizar a la sociedad. La penetración de la globalidad sigue avanzando: las instituciones siguen plegándose y alineándose a la cada vez más poderosa fuerza económica internacional en nuestro país, y la sociedad percibe más fuertemente los efectos de la riqueza y la pobreza, de la corrupción y la violencia. Pero lo más significativo es el rápido avance y la penetración de valores o antivalores de la cultura global homogeneizada y de silenciosos cambios, de mayor profundidad, del significado cultural de valores como humanismo, desarrollo social y cultural, apertura a lo diverso y heterogéneo, de educación, la clave del nuevo Plan Nacional de Desarrollo. Esta cultura, nueva para México, pero vieja, decadente y destructiva (piénsese en el problema de la droga y de su tráfico o en la amenaza de genocidio de los pueblos pobres), esta cultura globalizada está

desactivando rápidamente los valores culturales propios de nuestra patria, y asumiendo el control de las raíces culturales (piénsese, por ejemplo, en la transformación que trae la informática más reciente). Las características de la globalización son el futurismo y la homogeneidad que terminan en dirigismo cultural por la burocracia. La posmodernidad se manifiesta en la tendencia a vivir el presente (presentismo) y la heterogeneidad de la diferencia. El motor del desarrollo es la responsabilidad ciudadana.

Análisis cultural de la sociedad

1. Política cultural globalizada y alternativa

Presentamos el semestre dominado por una bipolaridad cultural. Un polo es el de la fuerza de la cultura globalizada que invade y ocupa todo el país, el otro es el de la única opción posible que puede originarse a partir de una democracia dinámica, fundamentada en la interlocución igualitaria y respetuosa, y no que se limita a cumplir con el expediente de elecciones democráticas limpias, que garantizan el asentamiento de la nueva cultura, sin posibilidad de salirse del dominio de los imperativos del mercado.

1.1. Visita de George W. Bush: contrastes e interrogantes

La fugaz visita de George W. Bush a Vicente Fox en el rancho de San Cristóbal, deja una sensación difícil de expresar, de alegre simpatía y de insatisfacción inquieta por un trasfondo conocido ya como oscuro, que deja hondos interrogantes entre unos prósperos aciertos y una larga inercia de problemas todavía no resueltos, entre dos países muy marcadamente desiguales.

Se ha repetido que se da un encuentro entre dos flamantes presidentes, con contraste claro de legitimidad: es notable la diferencia, sobre todo si se toma en cuenta el cambio operado en los dos países. Pocas veces se ha puesto tan en duda y ha quedado tan mal parado el máximo eslogan de la sociedad

Penetración de la cultura neoliberal...

estadounidense: su eficaz democracia representativa. A esto se añade el rigorismo militar reactivado en Bagdad y su evidente prioridad por controlar los energéticos del mundo. En México, al contrario, nunca se había tenido una participación ciudadana tan crecida que rechazó con toda claridad el viejo régimen, y eligió con alto e incuestionable margen al actual presidente. Pero aun eso nos sumerge en la duda de la representatividad: ¿estamos hablando de mayorías de ciudadanos libres y responsables o de minorías ocultas que hacen un excelente trabajo ilusionista y ejercen su magia cautivadora sobre ciudadanos cada vez más atrapados por el sistema?, ¿no forman parte de una realidad virtual inexistente con que se maquilla a los receptores masivos del mensaje?, ¿cuál es en realidad la verdadera fuerza social que se oculta tras la representatividad ciudadana?

Esta inquietud de desagrado predispone a malentender el dicho: “se acabó el rollo, se acabaron las palabras, se acabaron las promesas y ahora vamos a los hechos”. Esto es precisamente lo que la gente ya está resintiendo. Hasta ahora sólo hemos escuchado promesas, por no decir sólo rollo y palabras. Ya es necesario que a la gente se le cambie de platillo.

Urge, pues, ver hechos, sobre todo en este asunto tan complicado de las relaciones, y tan importante, no sólo entre los dos países, sino en la forma concreta en que trabaja un sistema entre países vecinos, uno rico y el otro pobre, con cercanía que puede ser benéfica, pero de la que históricamente tenemos pruebas de la misma dinámica de siempre: la competencia. Y en estos países tan desiguales no resulta fácil creer en una competencia equitativa. Contra las esperanzas de ayer, hoy hemos de seguir esperando, para lo cual necesitamos los hechos con urgencia. En este sentido, el eslogan “prosperidad compartida” nos asegura que no va a ser un mercado compartido donde el pez grande se come al chico. Guardamos dolorosamente en la memoria colectiva la dura consigna de América para los americanos.

En el problema de la *migración* es mejor que nuestros “trabajadores invitados” sigan aumentando las ganancias sobre los 6 u 8 mil millones de dólares, ya comparables con las del

turismo y la exportación de energéticos. En cambio, a los intereses del mercado estadounidense conviene más para sus ganancias traer sus plantas productivas porque les rendirán más; seguirán produciendo y exportando, sin necesidad de pagar ni siquiera lo que un mexicano gane allá. Y hay otro elemento circunstancial: la desaceleración de la producción de Estados Unidos.

En este problema hay un aspecto que los mexicanos no podemos pasar por alto: el *trabajo* no es mercancía, ni debe fluir como otra más, en el mercado. La dignidad del trabajo y los derechos humanos no permiten que entre en competencia, como capital humano, con otros capitales.

Los *energéticos* tampoco están sólo en función de la eficacia de su explotación y producción para competir en el mercado. El desequilibrio ecológico no está a merced del que más pague; el desarrollo sustentable de la naturaleza pertenece al futuro de la humanidad. Tampoco se puede agotar sin medida, vistos solamente los intereses de unas naciones en un presente al que se le amenaza el porvenir. ¿No es excesivo que nuestro vecino país consuma él sólo más de la mitad de los energéticos del mundo?

El *humanismo* de nuestra cultura y los derechos humanos exigen que Pemex sea una empresa estatal eficiente, con consejeros experimentados y exitosos, y que tenga en cuenta las necesidades del futuro y el equilibrio ecológico y humano. El problema de los energéticos, gas y electricidad, sobre todo, es quizá el punto central de negociación. A los estadounidenses les urge explotar los recursos de México y Centroamérica; para eso se ha diseñado el plan Puebla Panamá. A fines de abril los tres presidentes de Canadá, Estados Unidos y México hablaron de “norteamericanizar” los energéticos.

Esta necesidad fácilmente será satisfecha en negociaciones con un gobierno globalizado y, además, en desventaja por la deuda externa de nuestro país, aumentada considerablemente por la gran crisis bancaria.

El tráfico de *drogas* está activísimo en nuestros dos países. La guerra declarada a los traficantes no promete fácil victoria. A tan inmensa riqueza difícilmente podrán vencer, teniendo en

Penetración de la cultura neoliberal...

cuenta que esta estrategia de guerra es muy desventajosa para los gobiernos.

En esta guerra desigual y costosísima se deja de lado otra lucha pacífica, más inteligente y radical: hay que analizar, encontrar y aceptar las *lacras sociales* que se encuentran al interior de la sociedad y que hacen que los sujetos no tengan alicientes por qué vivir y busquen evadir la realidad con el enervante. Empezar esta otra lucha implica gran honestidad por parte de los gobiernos para reconocer lo que sistemáticamente hace infelices a los hombres y decidir resolverlo, antes de que las naciones se colapsen carcomidas por la droga.

1.2. Democracia sin ningún caudillo personal o colectivo anónimo

Hoy la sociedad no puede apartarse de este compromiso tan cardinal y tan sofisticadamente manipulado. Ni siquiera la nueva situación ya lograda de mayor democracia pone en evidencia el absurdo de querer volver a depositar una fuerza descomunal e inexistente en el caudillo, para descargar en él la libertad insoportable que ha dado la democracia electoral. Es, precisamente, la fuerza que como sociedad no queremos asumir.

En otras palabras, el gran paso que hemos dado como democracia representativa, en las recientes elecciones, nos descubre con realismo doloroso el enorme retraso que todavía llevamos en madurar a la otra democracia que da sentido a la primera: la deliberativa, en la que el pueblo habla y dialoga, asume el mando soberano y delega, porque se aprecia, se toma en cuenta, se ve dueño y señor con mucha mayor libertad efectiva de la que le habían hecho sentir los abusos de poder. Ahora empieza la gran tarea de sacudir el fantasma de ese pavor y manifestarse civilmente respetando el derecho de los pueblos indígenas a su valores culturales y modos de organizarse.

La incipiente democracia ha dejado que los medios de comunicación, particularmente la televisión, se desvíen vergonzosamente a la comercialización ridícula. ¿Qué sacaron Marcos y Fox de la entrevista con el Güiri-Güiri? Popularidad y simpatía.

Eso puede significar un entremés cómico en el drama que vivimos. Pero también puede aumentar el drama, incitando al regreso de los caudillos y del deporte de amarrar navajas para las peleas de gallos mientras el tendido se divierte y se aliena.

La televisión lucra. Y confirma lo que Sartori ha vuelto a repetir en México: “La videocracia está fabricando una opinión sólidamente heterodirigida, que en apariencia refuerza, pero que en sustancia vacía la democracia como forma de gobierno. Porque la televisión se exhibe como portavoz de una opinión pública que en realidad es el eco del regreso de la propia voz... Se trata de una opinión política dirigida y reducida a episodios emocionales... o decapitando cada vez más las cabezas que hablan... que razonan y discuten problemas”.

¿Por qué la televisión no difunde muchas cosas importantes del problema de la marcha indígena que pone a temblar a tantos intereses creados? Hay que difundir los derechos fundamentales individuales y colectivos de las diferentes culturas, con repercusiones políticas y jurídicas ineludibles, que ya ha aceptado nuestro Estado y que la sociedad civil debe promover y exigir de sus autoridades. Sartori acusa duramente: “Para ellas [las televisoras particulares], el dinero lo es todo y el interés cívico y cultural es nulo”.

El pueblo, por su parte, empieza a darse cuenta de que la ley no ha contado en su vida. Antes la manejaban los poderosos para su propio e injusto provecho, y el pueblo también lo hacía, para defenderse. Ahora, con el cambio, constata con mayor claridad que ya no tiene esa justificación. Y empieza a percatarse de que no conoce a fondo la ley, de que sigue con la tradición de buscar nuevas leyes sin haber experimentado suficientemente las ya existentes. Aunque la vertiente objetiva de la necesidad de una nueva Constitución parece estar madura; ya que ha recibido más de 500 enmiendas (la estadounidense lleva sólo cuatro), la vertiente subjetiva, de disposición madura de la sociedad ante la ley, es todavía tan inmadura que por sí sola volvería a inhabilitar la nueva Constitución.

Los intereses particulares minan el Poder Legislativo, atacan con furia a Marcos, por la televisión y los otros medios de comunicación, y a Fox con la falacia de los poderosos modelos vigen-

Penetración de la cultura neoliberal...

tes. Los mismos intereses de los personajes, con su consabido obispo, que se amurallan ante la cercanía del enemigo, se lanzan a la reconquista de las sagradas tierras del sur, ricas para la inversión, en unas cruzadas ya aprobadas en el equipo de gobierno del presidente Fox. Me constan dos: la educativa y la de la salud.

2. Consecuencias

Este semestre hemos visto la reconfiguración de los sindicatos. Dentro del antiguo vigente corporativismo casi total, los sindicatos fueron una fuerza apoyada por el gobierno frente al capital privado. Pero con la apertura que hizo Salinas a la economía mundial, los sindicatos no sólo ya no ayudaban, sino que estorbaban. La reciente modificación en la jurisprudencia sobre los sindicatos puede significar un posible cambio a sindicatos más auténticos, pero es más fácil que desaparezcan si su pluralidad es llevada en competencia destructora. Todos los partidos, pero principalmente el PRI, seguido de cerca por el PRD están en muy serias dificultades ante la negativa a reconfigurarse para el nuevo tiempo. Yucatán es viva señal del colapso de los caciquismos provincianos. La modificación también ha llegado a la mentalidad religiosa del mayoritario sector conservador católico, con efectos claros de pérdida de autoridad y fuerza moral de su jerarquía.

2.1. *¿Se reconfigurarán los sindicatos?*

La crisis del mundo del trabajo desafía al partido a dejar el caudillismo y las facciones rebeldes, a estructurarse auténticamente desde la base para ayudar a reconfigurar el mundo de los trabajadores y sus asociaciones.

Me voy a referir a las consecuencias sociales, políticas y éticas de la sentencia de la Suprema Corte sobre la incompatibilidad de la cláusula de exclusión de los contratos colectivos de trabajo, en la Carta Magna. Comento tres cosas: el fallo judicial, su sentido y trascendencia; las consecuencias, sobre todo políticas y sociales en el corto plazo; y el ulterior trabajo que

tiene que realizarse, a fin de obtener la plena libertad y fuerza de los sindicatos.

La Suprema Corte dictaminó la inconstitucionalidad de la llamada “cláusula de exclusión” en contratos colectivos de trabajo y en contratos ley (contra los artículos 5 y 123 constitucionales) y reiteró el derecho del trabajador a renunciar a una agrupación sindical sin que ello afecte su empleo. Los trabajadores del ingenio El Potrero, excluidos y despedidos al formar una nueva asociación laboral, habían solicitado amparo.

La cláusula de exclusión restringe absolutamente la libertad sindical, ya que impide a los trabajadores ejercer su derecho a renunciar a una asociación sindical, prerrogativa que debe respetarse en todo pacto laboral. El pleno de la Corte resolvió en 1999 en el caso de los controladores de tránsito aéreo, que el artículo 123 consagra la libertad sindical con un sentido pleno de universalidad, con derecho de cada trabajador a asociarse, y de reconocer el derecho colectivo, una vez establecido legalmente el nuevo sindicato. Es decir: facultad para ingresar a un sindicato integrado o constituir uno nuevo; posibilidad de no ingresar a un sindicato determinado o no afiliarse a ninguno; separarse o renunciar a formar parte de la asociación sindical. Por tanto, el patrón queda en libertad de contratar a cualquier persona, forme parte del sindicato o no.

En cuanto al sentido ético, la libertad de asociación laboral es un derecho humano fundamental y definitivo para la estructura de justicia social. Tanto que en el antiguo régimen la cláusula de exclusión fue uno de los tres sólidos pilares en que se sustentó el corporativismo dominante, abusivo y corrupto, el campesino, el obrero y finalmente el popular. Esperamos que la desconfiguración sindical obrera que se sigue de esta justa disposición legal sea un momento de purificación del sindicalismo desfigurado y manipulado por el poder político, y no desaparezca definitivamente por la prepotencia de un nuevo posible dueño: el grupo empresarial.

Ahora más que nunca es necesario un sindicato como una asociación profesional que de verdad represente a sus propios miembros, vele y defienda sus intereses por todos los medios legítimos.

Penetración de la cultura neoliberal...

La ética rechaza la imposición por parte del Estado de un sindicato único o de una federación de sindicatos, especialmente si aumenta al extremo el poderoso predominio del mundo del capital. El antiguo régimen mexicano, dando como razón proteger del mundo capitalista a los obreros, los sojuzgó, dominó y utilizó los mismos sindicatos para su poder político, como arma para controlar a los capitalistas.

El orden público exige siempre, en medio de la lucha entre los intereses de un capital cada vez más poderoso y de un trabajo cada vez más disgregado e individualista, una libertad de asociación equitativa, para que sea efectivamente representativa y autónoma, y pueda frenar los abusos del capital a fin de integrar una sociedad más justa.

Lo que se ve venir en el corto plazo es el colapso definitivo del corporativismo político que integró por tanto tiempo los tres sectores referidos. Ahora aumenta el peligro de que el sindicalismo sea cooptado por los sindicatos blancos, los cuales primero proliferarán y luego se atomizarán y desaparecerán como grupos en una base social desarticulada. Si así fuera el capital acabaría despiadadamente con la fuerza colectiva del trabajo y dominaría como lo ha hecho el neocapitalismo global en tantas naciones, y en nuestro mismo régimen de gobierno.

Poco tiempo le queda ya a Vivente Fox para definir el rumbo social de su administración. Crece la sospecha de que no lo define porque no lo tiene, fuera de un sentimiento social que parece legítimo. La solución al conflicto de Chiapas puede entenderse como la necesidad de alimentar un obstáculo para el Plan Puebla Panamá. El presupuesto fiscal parece empantanarse en discusiones sobre el IVA. La fuerza empresarial en el gabinete levanta sospechas.

En un futuro bastante lejano puede verse la posibilidad de una sociedad cada vez más consciente e insatisfecha de su pobreza, que siente la necesidad de solidaridad y comienza desde la base la reconstrucción de sindicatos auténticos y profesionales que exijan sus derechos legítimos y hayan formado verdaderos líderes, sin impunidad ni corrupción; podrán ser causa y efecto de una democracia más plena. Sólo la democracia y coherencia interna de los sindicatos evitarán buro-

cratizaciones excesivas y pragmatismo. El auténtico sindicato relativiza el capital y es mediación de justicia social.

2.2. Partidos: reinventarse o morir

Los principales acontecimientos del último Congreso del PRD, en Zacatecas, tal como fueron referidos a la opinión pública, resultan desalentadores, aunque también iluminan y destacan el planteamiento más profundo que deben hacerse los actuales partidos políticos mayoritarios. Han de mirarse todos sin excepción en ese espejo y poner sus barbas a remojar.

Los perredistas describen cuatro tendencias al interior de su partido: la de la oposición combativa, la de negociación precavida con otros partidos y con el gobierno, la empirista-activista que se mueve sobre todo para satisfacer los intereses inmediatos de los pequeños grupos que con ese movimiento y acción creen servir al partido (en la marcha zapatista, Marcos apareció como lo sustantivo y el PRD como el adjetivo; sólo falta que “los amigos” de Marcos lo quieran convertir en líder del PRD) y la cuarta busca aclarar el sentido actual del partido.

Como se ve, las dos primeras se perfilan como actitudes del partido ante el nuevo régimen: oposición o negociación; las dos últimas destacan la doble dimensión de la institución política: una, parcialmente, la actividad pragmática y eficiente y, otra que otea el horizonte y sabe qué quiere y cómo proyecta su acción de fondo.

La intransigencia de los combativos está representada por el cardenismo y Cuauhtémoc, su líder. Entiende que el gobierno actual es gobierno gerencial con los mismos intereses económicos de los gobiernos priístas, con estrategias “entreguistas” al neoliberalismo privatizador y desintegrador de lo nacional.

La sombra del viejo cardenismo sigue vigente. El presidencialismo dominó como corporativismo total sobre las bases populares con el sindicalismo “único”, y las centrales exclusivas. Ni el caudillismo ni el presidencialismo ni el corporativismo tienen nada que hacer contra el neocapitalismo mundial. Serán arrasados. La tendencia caudillista parece no ver en el colapso

Penetración de la cultura neoliberal...

del priísmo viejo, de donde salió, el futuro que le espera si se empecina como él.

La cuarta tendencia es la más ardua, pero la única que promete futuro. Tiene que responder las dos preguntas consabidas por este orden: ¿qué es hoy el pueblo de México? y ¿cómo quiere servirle, no servirse, el PRD?

Felipe González, desde su dirigencia del PSOE y sus largos años en el gobierno de su país, aportó dos experiencias valiosísimas. La primera, decidir, primero, su proyecto mayoritario, dar razón e identidad al partido y, luego, organizarlo, en función de los objetivos del proyecto.

La izquierda moderna es necesaria para realizar un futuro que promete mucho: luchar por la igualdad social, la democracia y el derecho pleno. Hoy tiene dos desafíos gigantescos: la transculturación de los pueblos indígenas y de todas las regiones a un mundo cada vez más interdependiente, y la transculturación de esta mundialización al respeto de todas las culturas regionales. Y el desafío de fortalecer la auténtica identidad de los sindicatos: acabar de rescatarlos de la politización que los utilizaba cooptándolos, con liderazgos corruptos, impunes y prepotentes, para servir a la política del poder.

Esos dos desafíos, entre muchos otros, encontrarán respuesta en el PRD en la medida que guarde en el armario su rigidez y viejas ideologías, y salga a explorar el terreno, los valores y la vida del pueblo, y se deje interpelar y transformar, para luego pensar la acción política de un partido que pretende servir, haciendo justicia.

2.3. Yucatán: autocracia o ley

El caso de Yucatán no es prioritariamente un problema de sobrevivencia o puntilla del que fuera partido oficial por tantos años; en el interior mismo de este partido hay dos precandidatos a gobernador de diferente tendencia: la vieja, demagógica y populista y la nueva, abierta al cambio político que ha entrado con la globalización a México. Es más, en caso de que la tendencia “no cerverista” del partido acceda a aceptar clara-

mente la legalidad, se daría la tan ansiada renovación de un partido que se ahoga por falta de oxígeno renovador.

El Tribunal Electoral del Poder Judicial Federal (TEPJF) ha dado su fallo legítimo y tiene facultad para hacer que se cumpla. Es un fallo que exige las condiciones legítimas para la elección.

Es un simple caso de ilegalidad política, de una vieja corriente de autocracia e impunidad de la que no está exento ninguno de los partidos en ejercicio del poder público.

El caso de Yucatán no se puede, pues, hacer propriísta o anti-propiísta. Ni los partidos de oposición (PAN y PRD) pueden anteponer sus intereses partidistas a la corrección de la ilegalidad cometida. Tampoco la Federación puede dejar la justicia en manos de la negociación política.

No se trata de eliminar de una vez la autocracia generalizada, tan extendida en muchos sectores de la sociedad, pero sí puede darse un avance provechoso hacia la democracia estatal y federal, y hacia el derrumbamiento de un feudo que por tantos años ha estado en poder de Cervera Pacheco, el cual se cobija tanto en el partido, con las mayorías, sin reconocer el control ilícito, como en el regionalismo yucateco para identificarse con la democracia. Esta facción se resiste a contar con órganos electorales de civilidad transparente, autónomos e independientes, que puedan organizar un proceso electoral en condiciones de equidad y justicia. Eso es todo.

Para fortalecer a Cervera y agrandar su causa no es lícito identificarse con él. En este sentido, me parecen desafortunadas y dañinas las declaraciones de la presidenta nacional del PRI, Dulce María Sauri, en Tonalá, Jalisco. No se ve con qué lógica ataca los fallos inapelables del TEPJF: de injusto en el caso Yucatán, y acude a él para que imparta justicia en el caso Jalisco. Parece también que ella no se resigna a dejar la autocracia ni a reconocer un poder superior al de los intereses del propio partido.

Al igual que Cervera, Dulce María Sauri hace de él la causa del PRI, sin reconocer que esa vieja política es absolutamente incompatible con las nuevas fuerzas que prevalecen en la actualidad. Está exponiendo muy peligrosamente el bien de todo un partido –que todavía puede ser rescatado y cambiar–

Penetración de la cultura neoliberal...

por querer sostener un fuerte enclave del viejo prisma autárquico, al que la incipiente democracia mexicana ya no tolera, y al que la globalización le tiene los días contados si no cambia.

2.4. Conservadurismo católico... y liberal

Hemos visto la tragedia de los partidos que están siendo reconfigurados, contra su voluntad, por el neoliberalismo globalizador. Algo similar acontece también al mundo de los valores culturales, particularmente las asociaciones religiosas: como aquéllos, se esfuerzan porque el presente se adapte a su pasado, en lugar de actuar su libertad e identidad para adaptarse al presente. No se dan cuenta de que con el aferramiento voluntario, son transformados involuntariamente en algo que nunca quisieron ser.

En nuestro país todavía identifican el conservadurismo con los “mochos” católicos... y algunos protestantes. Los “laicos” liberales son los primeros en criticarlos y también en escandalizarse cuando se desacata en algo los símbolos patrios o la ley. Así, la tensión seguirá en aumento, porque ninguno se hace autocrítica.

Fuera de México resultan incomprensibles las reacciones tajantes que pecan en lo mismo que condenan.

El conservadurismo es *una actitud cultural y existencial* frecuente que encontramos tanto en “los religiosos” como en “los laicos”. Es un estilo de vivir las convicciones propias, en cerrazón monocolor de diversas intensidades. Lo caracteriza el tratar de forzar a vivir el presente, según normas obsoletas o exógenas. Hay, pues, una falta de apertura a la viva novedad inédita del aquí y ahora, a causa de una racionalidad hecha y cerrada que no permite ver lo nuevo, entre otras cosas, por temor a asumir la libertad responsable de la propia vida. Pero la inseguridad sentida no se calma con la evasión engañosa, al contrario, se agudiza y entra por una espiral autodestructiva, como cualquier otra adicción y dependencia agravada. Con temor a la libertad no se puede crear ni celebrar la vida.

Una de las razones aducidas para justificar el aferramiento a las tradiciones del pasado es la repulsión por la “promiscuidad

y superficialidad” con que se vive el presente. Los conservadores creen equivocadamente que, si no se vive conforme a los cánones tradicionales, la vida humana se degenera y resulta ingobernable. No caen en la cuenta que por querer mantener e imponer un pasado ya incompatible con el presente, provocan, en otros, una reacción exagerada y dionisiaca que fácilmente se queda en la superficie y en contra de toda racionalidad. En la laicidad, por ejemplo, los conservadores creen que aplicando severamente la ley obsoleta se supera el indiferentismo cínico, en lugar de adaptar las leyes a las nuevas circunstancias. Ni van ni dejan ir.

El conservadurismo se manifiesta por el *fundamentalismo*, es decir, por una comprensión detallista y aun escrupulosa de la tradición jurídica, por ejemplo, o religiosa. Como no da lugar a una interpretación responsable y abierta a lo nuevo, se paraliza la comprensión inteligente y creativa, sea de la Constitución o de la Revelación. El mensaje se fija y las palabras se cifran en contextos culturales que ya se fueron. Todas y cada una de las palabras de los códigos tienen para ellos el mismo alcance y valor, no en sí sino en las interpretaciones pasadas. El conservadurismo católico acecha las nuevas oportunidades políticas; también abunda el liberal. Hace muy poco, en estas mismas páginas, se alegaba la vuelta al antiguo artículo 130, porque el actual es disolvente, sin tomar en cuenta el escandaloso retraso que tuvimos ante el mundo. El fundamentalismo tiene una doble aplicación: a la *doctrina* y a la *disciplina*, política, jurídica o religiosa.

El fundamentalismo doctrinal tiende a rechazar la visión plural. Cobra auge con la uniformidad de la globalización, y la debilidad ante las alternativas y los regionalismos culturales, activos en el actual cambio. Como la doctrina no se discute, tiende a imponerse por la vía de la disciplina, de lo mandado. La legalidad importa más que la ética. La doctrina única lleva a una disciplina única y definitiva.

El fundamentalismo así descrito se plasma en *tres* campos concretos que responden a una compensación deformante, menos consciente: suplir con voluntarismo exigente el abandono de la libertad responsable.

Penetración de la cultura neoliberal...

Ritualismo rígido, sobre todo en lo que reviste carácter sagrado, como ante los símbolos patrios o litúrgicos; rito sin vivencia. Pienso en los honores escolares a la bandera o en la ida al templo. Al ahogar la vivencia con la disciplina, se da más importancia a la envoltura ritual que a la dinámica profunda. La envoltura abarca el vestido –ornamentos o uniformes–, adornos y exclusividad musical. Al igual que en el arte, al agotarse la inspiración vital, sólo quedan repeticiones, amaneramientos y ardidés de “leguleyo”, “polaco” o “gurú”.

La rigidez superficial se apodera también de la conducta moral, en forma semejante. Por no poder penetrar en lo profundo de los actos humanos, el conservador se limita a observar fielmente un conjunto de prescripciones legales farisaicas. La estricta observancia moralista descuida así las áreas de responsabilidad. Aparece una carencia grande: las incoherencias por falta de integración auténtica.

La rigidez llega también al mundo de las relaciones interpersonales y sociales. Ahí causa grandes destrozos a la convivencia tanto cívica como religiosa. Anula el diálogo al refugiarse por necesidad en la rigidez de sus esquemas, sean priístas, filantrópicos o apostólicos. Sin apertura no hay diálogo. Lo sustituye la polémica tajante. Se mide el poder con los otros, en los campos de la lucha abierta. Un ejemplo claro está en la condena a ultranza, hasta lo irracional, que se hace todavía del marxismo o de la teología de la liberación. Y, por compensación, se defiende igualmente a ultranza el capitalismo liberal. Por otra parte, la izquierda también se ahoga con el aumento de tanto fósil adentro.

La institución jerárquica de la iglesia no ha logrado contener esta mentalidad conservadora; es más, es favorecida por algunos obispos que la comparten. Ante el cambio nacional, la jerarquía se ha visto lenta, incapaz de responder adecuadamente con respuestas oportunas, firmes y atinadas. Sostenemos esta afirmación en tres conjuntos de hechos. El primero se refiere a Chiapas: el entonces nuncio, Justo Mullor, respaldó a Don Samuel en su sede, aunque pudo haberle dado mucho mayor apoyo. De pronto cambian al nuncio, hacen efectiva la renuncia por edad de Don Samuel y el obispo Vera es trasladado

a Saltillo, cuando todo mundo pensaba que era el sucesor obvio en la diócesis de San Cristóbal. Por otra parte, era manifiesto el recelo conservador contra la línea de Don Samuel. Por tanto, los sucesos llevan a concluir que en la jerarquía católica pesó fuertemente la mentalidad católica conservadora. El segundo tiene que ver con una serie de dimes y diretes no comprobados que sucedieron tras bambalinas. 1) El error político del nuncio Sandri que, acompañado por J. Priggione, visitó a Francisco Labastida Ochoa, candidato oficial del PRI, y no quiso visitar a Vicente Fox. El segundo fue que el nuevo gobierno no aceptó el candidato que la jerarquía propuso para subsecretario de Asuntos Religiosos. Y el tercero se refiere a la gran oposición a que Estrada Sámano fuera designado embajador ante la Santa Sede. Son relatos, repito, salidos de corrillos, pero que hacen ruido. El tercer conjunto es el de las declaraciones de la Asamblea Episcopal: pocas cosas significativas declaran ante cambios sociales, culturales y políticos tan importantes como la reforma fiscal, la ley indígena y la democracia. Dicen tales generalidades que no entrarán en conflicto, cualesquiera que sean los derroteros del futuro.

3. Conflictos actuales

Al principio del análisis nos referíamos a la bipolaridad nuevo capitalismo mundial/plena democracia interna, desde el respeto activo al derecho humano fundamental de dialogar, de escuchar y dialogar en apertura, de ser consultado y tomar en cuenta seriamente las iniciativas de todo ciudadano, más allá de los intereses públicos de los gobiernos.

Esta bipolaridad es dramáticamente evidente en la ejecución de dos marchas: la que viene del extranjero por el Norte y la otra que sale del corazón de las cañadas indígenas con la prioridad primera de ser escuchados y comprendidos en su propio entorno cultural heterogéneo.

El imperativo del nuevo tiempo histórico de dialogar con apertura entre diversas culturas diferentes para no caer en la tendencia global uniforme, no se logró en el encuentro de las dos marchas referidas. El Congreso, formado por políticos de

sido precisamente esta ley la que no ha dado suficiente justicia a los indígenas.

De ahí se sigue que los términos “ley” y “paz” sean tan ambiguos. Fox mira prioritariamente la paz como el requisito para que fluyan las inversiones en Chiapas, ante la urgente necesidad que los estadounidenses tienen de petróleo, gas y electricidad. Se trata de una paz pragmática, mediatizada.

Por su parte, “Marcos” no sólo no quiere dialogar con el pensamiento globalizador, en ajustes legales, sino que pretende imponer su arma simbólica, el discurso, lo que él entiende por paz. Pasarse a la vida civil implicaría no sólo dejar sus símbolos bélicos, sino deponer buena parte de su ideología.

En pocas palabras, Fox, “Marcos”, y las diversas posiciones de los diputados, nos llevan a entender que no hay diálogo posible entre la violencia de un saber instrumental que utiliza la paz para hacer sus cuantiosas inversiones, sin dejar la posibilidad de otra alternativa “real”, y un discurso instrumental, arma simbólica de la nueva revolución, que quiere imponer su ideología con rendición incondicional, igualmente sin alternativa.

No hay posibilidad de encuentro, porque no hay nada común entre estas posiciones acerca de la “ley” y la “paz”.

Por el contrario, el diálogo consiste en un intercambio siempre abierto de opiniones y pareceres humanos. Es posible, sobre todo entre culturas diversas, bajo estas condiciones: autoconciencia de los dialogantes de no saberlo todo y valorarlo adecuadamente; convicción de que el alternante, en su calidad de interlocutor, puede ayudar y ser ayudado; apertura a ponderar constantemente la opinión ajena, a valorarla en toda su verdad y alcance, sin mantener la cerrazón del que quiere polemizar a porfía, sin ceder en sus posiciones ya tomadas. El diálogo implica abierta búsqueda de la verdad, encuentro, expresión y vida auténtica.

La verdad en el diálogo nunca se sujeta por la fuerza al poder, tradicional o inédito, ni divide entre vencedores y vencidos, entre escuadrones jerarquizados y democracia. Aunque hubiera una buena negociación para ambas partes, seguiría faltando el diálogo intercultural, indispensable para la nueva concepción de la ley y de la verdadera paz, sin vencedores ni vencidos.

Penetración de la cultura neoliberal...

Los que entienden la política como la guerra sin derramamiento de sangre podrán tener encuentro, lucha, negociación, rendición, pero nunca serán capaces de asumir a los vencidos en plan de colaboradores activos en diálogo. Y sin esto no hay posibilidad de ningún diálogo intercultural perdurable, para abrir a un mundo más humano.

3.2. *El México profundo entre dos marchas*

En recientes acontecimientos empieza a configurarse el perfil concreto de un conflicto que años atrás ya aparecía como núcleo de fondo. Latente por siglos, ya no puede soportar tanto abuso.

Las fuerzas que confluyen en ese núcleo de nuestro presente se muestran en claroscuro: la potente y evidente economía de mercado y la oscura utopía quijotesca que parece esconderse en el anonimato de los indígenas, y propone un camino alternativo, radicalmente diferente del anterior, tanto en su libre horizonte cultural como en sus últimos valores.

El sensacionalismo plástico, tan adherido a la información pública, es motivo más que suficiente para justificar el desvío de la atención de lo más candente de nuestro problema nacional que, además, resulta amenazador al mismo sistema de comunicación. La personalidad de Marcos, buen comunicador, es la que más distrae con toda su indumentaria externa, del conflicto más hondo de México, por el que vale la pena dar la vida, si a los indígenas se les devuelve su dignidad y se aprende de su sabiduría cultural.

Los empresarios privados, con el expreso apoyo de su con-sabido obispo, acaban de protestar públicamente contra el montaje teatral –el pasamontañas y los paliacates–. Se adujo también que el conflicto de Chiapas es local y debe resolverse allá mismo, como si no hubiera indígenas, en la misma condición, por toda la república. Los empresarios más bien parecen tomar en cuenta la condición indígena cuando se les amenaza con la “violencia” de una guerrilla que, según la frase atribuida a Fidel Castro, “es una guerrilla a la Disneylandia: sólo le falta tener su

propio parking”. Por excepción, algún empresario arguyó desde la posible desestabilización de las inversiones.

Vicente Fox, por su parte, está también distraendo la atención, con su facunda labia, del planteamiento adecuado de este problema de fondo. Distrae en otra forma: todavía no define claramente la actitud ante las dos marchas de sentido contrario, que se encontraron en la capital y que ya han definido dónde van a condensar lo fuerte de la batalla definitiva que librarán.

Una es la marcha del Norte. Baja de la metrópoli de la economía de mercado mundial que estrena presidente, y pretende llegar a transformar del todo a México con un nuevo modelo económico y cultural-educativo, hasta los confines del Sur, particularmente Chiapas.

La estrategia del mercado mundial se está cumpliendo en nuestro país. Los técnicos se apoderaron del poder público e imponen con eficiencia técnica y adaptación las líneas generales de su modelo.

La otra marcha es la del Sur. Va en sentido contrario: surge de los indígenas sureños, no condicionados necesariamente por el movimiento zapatista (hay otros movimientos independientes).

La estrategia de los indígenas resulta oscura para el resto de los mexicanos. Dos disposiciones son claras: primero no buscan reivindicar a los vencidos, usando las mismas armas de los vencedores actuales, a no ser la incongruente actitud militar de “Marcos”; segundo, su fuerza más poderosa no es la de las armas –como en Don Quijote, su bacín– sino los valores culturales que les permiten pasar del simple sobrevivir al ofrecimiento de una alternativa que se base en el señorío democrático de las personas y comunidades.

Como se ve, la marcha del Norte ha impuesto su modelo teórico, y ha reconfigurado las instituciones pequeñas. Recientemente, con el nuevo gobierno, quiere reconfigurar todo el aparato de Estado. Se esfuerza por reducir al mínimo el poder del Estado y ampliar e imponer al máximo el alcance público de la empresa privada. Se trata de otro autoritarismo, el del Estado, que prevaleció en el priísmo a causa de ilegítimas concesiones,

1) La equidad es un imperativo. Hay un alto y creciente porcentaje de pobres a los que no llega este sistema educativo. Se impone, pues, el cambio del viejo sistema al actual, exigido por el mercado global. Se deja entender, por tanto, que la pobreza se debe sobre todo a la ignorancia y que la educación es la clave para la producción global y la riqueza.

2) La calidad es otra exigencia. El sistema educativo tiene que ser cualitativamente diferente. El antiguo salón de clase y el profesor tienen que ceder a otro modelo educativo que reestructure las áreas de responsabilidad del sindicato: que atienda sólo a lo laboral, sin ocuparse de lo propiamente educativo.

3) Se educa para el trabajo. El talento humano desarrollado es la mayor riqueza. La educación tiene que elevar su calidad para convertirse en inversión en la modernización de la economía. Por ello hay que formar para el trabajo y capacitar en el trabajo, desde los más rezagados. Hasta ahora no se han podido generar los empleos suficientes para absorber el crecimiento de la fuerza de trabajo y atender el retraso.

4) La participación social excluye el control del Estado, que no ha permitido que se desarrollen las instituciones educativas desde la sociedad. El actual pluralismo global no tolera ese control. Se impone, pues, otro sistema educativo plural con características nuevas.

5) La formación ha de ser humanista: la axiología como elemento fundamental de la ética supone una antropología filosófica en favor del valor supremo de la vida. A partir del currículo académico –nuevo capital– se generan el discernimiento y la práctica sobre lo que se considera valioso. Se deslinda y rescata el trabajo como mercancía, pero no al trabajador marginado.

En suma: la educación es para que todos trabajen según el sistema actual de producción. La imposición de ciertos valores es para apuntalar el sistema. La equidad es para hacer eficiente al sistema, el cual se apropia de lo que sólo le pertenece a la sociedad. Europa y Estados Unidos muestran que ahora hay mayor número de gente bien preparada, pero desocupada.

Por otra parte, el programa alternativo de los indígenas, aunque escasamente formulado, es intensamente vivido. En

Penetración de la cultura neoliberal...

referencia a los ejes anteriores podríamos proponerlo por este orden:

1) La educación no es para el trabajo. El trabajo está en función del hombre y su educación. Las personas y las comunidades son las soberanas; tienen la decisión para escoger el tipo de educación que quieren; ellas son las que señalan los criterios y los objetivos de la educación. Los educadores deben obedecerla.

2) El control educativo del aparato de Estado es una apropiación autoritaria e ilegítima, y en nada se avanza si ese control abusivo pasa del Estado al sistema productivo global. Esta perspectiva indígena nunca ha cedido ni cederá la soberanía social sobre la educación, ni al gobierno ni a los grupos particulares, como la empresa moderna. Tampoco cede ante la imposición de una antropología de otra cultura que llegue de fuera y, menos, si se exige como norma impuesta. Sabemos que conocidos teóricos de la educación han demostrado que en la actual programación ética de la educación, la abstracción valoral normativa resulta anodina e inútil.

Esta exigencia no negociable de democracia plena y participativa es la única que puede sacar a la educación mexicana del atolladero en que se encuentra desde largo tiempo atrás. El viejo liberalismo político levantó un muro al interior del poder educativo, entre lo político y lo técnico. Los técnicos no consultan a la sociedad porque son los que saben, y no se comprometen porque, desde el otro lado del muro, los controlan los políticos según sus intereses y les condicionan los programas educativos. A la sociedad le compete establecer lo que es la equidad práctica, en función de su ser y quehacer educativo propio, no condicionado por el servicio utilitarista del mercado global. Se educarían, de este modo, hombres para el sistema, no para la vida libre. La calidad es determinada igualmente sólo por la sociedad, nunca por el sistema. El neoliberalismo hace del profesor un simple trabajador-trasmisor sin creatividad educativa y sin alcance social, personal ni gremial, y del alumno un capital productivo para el sistema y no un creador de sistemas.

3.3. El turno del Congreso

El trabajo del Congreso consistía en estudiar la propuesta de la Cocopa sobre los derechos y las culturas de los pueblos indios. Pero lo que está en juego, en las decisiones del Congreso, no es un levantamiento armado, ni simplemente el respeto formal, acordado entre las naciones, a los derechos y las culturas indígenas. Tampoco se trata de resolver el problema sólo con modificaciones jurídicas, incluso de la Constitución, ni de negociaciones políticas según los intereses inmediatos de los partidos, ni siquiera con satisfacción formal según el patrón occidental sobre los derechos de los indígenas.

La opción, pues, no está entre los derechos de los indígenas, vistos desde las categorías de la cultura normativa y única de la Ilustración, o desde el exclusivo horizonte indígena. Los primeros parecen decir: paz ya, para no retrasar más las inversiones urgentes, desde Puebla a Panamá. Es la imposición del nuevo liberalismo. Los segundos parecen responder: paz hasta que se cumpla por completo nuestra visión y condiciones propias, sin diálogo cultural. Es la nueva izquierda, tan absoluta como la antigua, aunque mucho más profunda y humana. Se trata de dos visiones opuestas de sociedad que en México afloran como liberalismo oficial y zapatismo rebelde.

Los sistemas se focalizan en el vecino país y en el zapatismo de Chiapas. El primero ha globalizado el mercado. El segundo es propiamente la reivindicación de la regionalización a profundidad, con todo lo que ello implica. En ella hay, entre otros, un elemento que es la cultura indígena y muchos extranjeros ven en su reivindicación la causa de la regionalización. Se trata, pues, del inicio de un encuentro concreto de dos posiciones con aspiraciones o utopías irreconciliables, hasta ahora.

Pero es posible que en diálogo se pueda encontrar un camino concreto que conduzca a la realización de un mundo nuevo. Se trata de una globalización uniforme y una regionalización plural que ya cuenta con diversos brotes: los Sin tierra de Brasil, los campesinos de la India, y la creciente oposición dentro del primer mundo, como en Seattle, donde se exacerban las posi-

Penetración de la cultura neoliberal...

ciones entre los extremos, caricaturescamente descritos como globalifóbicos y globalifílicos.

La alternativa de fondo es, pues, por los derechos regionales (indígenas) diversos dentro (no en marginación) del justo bienestar común, en un encuentro abierto, aunque doloroso, de plurales visiones culturales.

Está en juego el pluralismo de diversas culturas regionales en todo el mundo, como punto central de la reconstrucción solidaria y comunitaria de una nueva sociedad. La aprobación o desaprobación de la propuesta de la Cocopa es el primer paso que abre o cierre la posibilidad de un nuevo tiempo histórico con proyección mundial.

¿Hay espacio en el recinto del Congreso para aceptar la trascendencia mundial, cifrada en esta propuesta? Por los resultados, la respuesta es negativa, porque los partidos políticos están tan engolosinados en sus cotidianos combates que parecen no dejar tiempo ni espacio para la resolución de lo trascendental que, incluso, fácilmente descartan como ideologías irreales. Su visión se ha acortado a los mezquinos intereses partidistas y a la voluntaria ignorancia que no quiere aceptar que la política es cada vez más dependiente del sistema. Parecen concentrarse en las cuadrículas del derecho ya constituido e ignorar que hay una justicia y un derecho superiores, reales y exigentes, a los que se deben.

Ahora serán los movimientos sociales de las culturas los que generen los cambios verdaderos de la política, porque los canales institucionales de la política ya han sido sometidos por el sistema. Se trata de la lucha entre una democracia muy parcial, la de los comicios, y una democracia total, la de tomar en cuenta y deliberar las opciones decisivas de la sociedad, por las personas, los grupos y las comunidades.

“El marco neoliberal entero, después de todo, está diseñado para minar la democracia”, dice Chomsky. “El sistema constitucional estadounidense consiste [continúa], en proteger de la mayoría a la minoría opulenta (los dueños de la propiedad)”, según dicho de James Madison. Solidaridad y apoyo mutuo espanta a las cúpulas del poder. “El mundo empresarial y político está intentando hacer todo lo posible para que esto no

suceda, a través de los medios masivos de comunicación. Los desfiguran como marginados enloquecidos”.

Lo que principalmente está en litigio en nuestro país es la propiedad de la tierra: ni de los futuros inversionistas, ni de los indígenas exclusivamente, sino del conjunto de la humanidad para la solidaridad de todos.

Entre estas dos posiciones cerradas puede encontrarse un camino de negociación, no de los fines y valores sino de los medios, no de la estrategia pero sí de las tácticas. Lo irreconciliable, si no hay apertura y diálogo, en términos bélicos, está en ganar la guerra, no en perder o ganar las batallas.

No es verdad que con la alternativa regional, que por definición es plural, se pretenda frenar el desarrollo tecnológico. Hay que plantear el problema desde un marco más humano que la simple lucha individualista del poderoso por poseer más. Se trata de no concentrar cada vez más el crecimiento en sectores más y más restringidos, sino de abrirlos a una mayor participación de todos como ciudadanos libres y responsables. De participar en el crecimiento, no de una contribución servil aunque gratificante bajo el poderoso que acumula sin fin, sino en el señorial intercambio solidario que alcance a los demás.

3.4. Los hechos ponen a prueba los dichos. El gobierno actual es estilo neoliberal

Ya se nota la necesidad de que el nuevo régimen pase de las promesas y alarde de eficiencia técnica, a los análisis y hallazgos de profundidad.

Los actuales hechos y proyectos, principalmente políticos, empiezan a poner a prueba las promesas que el nuevo régimen hizo en su campaña. Echar al PRI de Los Pinos no significa automáticamente el asentamiento positivo de la democracia creativa y auténtica. Con claridad se ve la crisis interna del PRI. Pero la opinión pública no ha penetrado en la oscuridad de sus causas medias. Y, menos, todavía en la búsqueda creativa de alternativas de fondo.

1) En estos momentos es necesario contar con la óptica de gran angular, para comprender tanto lo regional como lo na-

Penetración de la cultura neoliberal...

cional y lo global. En esa perspectiva, la crisis del PRI en Tabasco y Yucatán parece descubrir la clave política de la fuerza principal que todavía le queda al partido en el Sur y Sureste, clave que puede ser para su fortalecimiento o derrumbe. De ahí lo enconado de la lucha.

2) Pero lo nuevo, por ser tal, no es necesariamente positivo y democrático. Vayamos despacio, sin diagnósticos *a priori*. La verdadera fuerza que ahora está incidiendo en el PRI es la de una causa externa que viene del Norte (muy claramente del vecino país) y con tintes de los grupos empresariales de la Sultana del Norte, muy influenciados por la nueva economía de mercado. Está por investigarse el papel que éstos jugaron en el grupo de los amigos de Fox, en la larga campaña. Ahora su influjo está empezando a sentirse en la Secretaría de Hacienda, de Trabajo y de Educación. Se trata de una novedad que no extraña. La reconfiguración de los partidos políticos por la globalización reciente fue y sigue siendo tardía. Pienso también en el PAN y en el secundario papel que desempeñó ante los amigos de Fox, cuando se echó a andar la campaña. Los empresarios del Norte siempre han estado a la vanguardia en invertir con audacia y según la más reciente tecnología de punta.

No se trata, pues, sólo de la crisis interna del que fuera el partido oficial. Abarca a todos los partidos mayoritarios, en abierta desventaja ante la vigorosa fuerza de la globalización que baja del Norte a invertir en el Sur.

3) Sobre los proyectos de inversión cuantiosa en el Sur, la sociedad tiene que dar una opinión activa y desde muchas perspectivas. Para ello es condición indispensable darlos a conocer, para que se ventilen. Finalmente será la soberanía de la sociedad misma la que diga si se aceptan y bajo qué condiciones.

A esto se añade que estamos ahora desorientados, sin encontrar el perfil del nuevo régimen ni dónde se encuentra la oposición.

Hay que apelar a todos los grupos sociales e incentivarlos para que trabajen ardua y responsablemente en aportar sus diferentes opiniones, ya sea económicas, sociales, culturales, éticas e incluso religiosas, sobre una inversión gigantesca que repercutirá en lo más hondo de la sociedad y sus valores culturales.

Si esto no se hiciera, estaríamos sólo en un cambio aparente de democracia: echar al PRI de Los Pinos y de las regiones del sur, para seguir anteponiendo los propios proyectos a la opinión de la sociedad, con albazos y amiguismo, aunque con técnicas más sofisticadas.

No se trata sólo de un ejecutivo que propone y un legislativo que dispone. Hay que lograr que la sociedad sea tomada en cuenta, que hable y pueda señalar propuestas sorpresivas; que un ejecutivo subsidie esas propuestas y actúe en cercanía con las bases; que un legislativo disponga para el bien de la sociedad, y que un judicial aplique con justicia lo que dispone la ley. Sin esto sólo hay gatopardismo: cambiar para que todo siga igual.

3.5. En el crisol fiscal se define el régimen

Las abundantes promesas tanto de la larga campaña como del actual ejercicio presidencial se van a acrisolar en el fuego de la discusión de la Nueva Hacienda Pública Redistributiva, en el Congreso. Se despejarán incógnitas que no dejan de preocupar, porque el discurso de Vicente Fox no ha sido suficientemente cuidadoso, preciso y definido con relación al fondo de su proyecto de gobierno.

Quisiera, pues, llamar la atención de los lectores: hay que plantear adecuadamente la propuesta si se quiere de verdad un cambio democrático en cuanto a participación y equidad. Me refiero a cuatro puntos: planteamiento general de la cuestión, valores culturales en juego, entorno neoliberal, y algunas consideraciones concretas sobre la economía mexicana.

1) El equipo de comunicación del ejecutivo ha trabajado con eficiencia acertada. Ahora falta que haga una presentación sintética y objetiva de la reforma y la divulgue para que pueda participar la sociedad con objetividad en las discusiones. La nueva democracia exige la comunicación de un discurso directo, franco, objetivo, sin apologías ni simulaciones, transparente, donde se ponga en juego toda la fuerza de un gobierno responsable y franco que sabe ganarse la confianza y la credibilidad, deslindando el sí del no, con sencillez. Urge presentación

Penetración de la cultura neoliberal...

sintética y objetiva si no se quiere caer fácilmente en parcialidades deformantes o en estériles luchas políticas.

2) Hay que destacar y remarcar los principios fundamentales que orienten la discusión fecunda, máxime si se pretende dar, como se ha hecho gala, una orientación humanista. La democracia es una tendencia inagotable; requiere la base de una transparencia indudable en la elección de representantes, pero no puede quedarse en ella: fácilmente sería víctima de ideologías inhumanas. En México se necesita una democracia que, con autoridad, dé confianza sólida a la sociedad para hablar sin temor y actuar con soberanía. Es el momento de que la sociedad deje apatías y pasividades.

Es una verdad evidente que el capital es sólo una cosa y que el trabajo es una actividad inseparable de la dignidad de los derechos humanos. Aun en el ámbito liberal se entiende que el trabajo no está en función del capital, sino éste en función de aquél. Se subvierte el orden si se incrementa el crecimiento del capital a costa de explotar el trabajo.

Otro principio definitivo es que la justicia productiva marche siempre a la par de la justicia distributiva. La producción ha de planearse siempre y llevarse a cabo en función de la distribución. El trabajo ha de contribuir al bienestar común con el pago de los impuestos, pero no se puede dañarlo subiendo el impuesto al consumo, bajar los impuestos sobre la renta y, sobre todo, que la Bolsa de Valores esté totalmente exenta. La distribución solidaria exige, para ser ética, que nadie tenga derecho a usar lo superfluo, cuando hay otros que carecen de lo necesario.

3) El neoliberalismo tiene como suprema fuerza al capital internacional, especulativo y anónimo. Su tendencia actual es disminuir lo más posible los impuestos a la renta, al capital, y aumentarlos al consumo y, por tanto, al trabajo. Ya durante el gobierno *de facto* de Pinochet se habían aplicado las medidas fiscales que ahora quieren implantarse en México. Los resultados en ese país deberían estudiarse con todo cuidado.

4) En el esquema neoliberal, el déficit presupuestal del gobierno ha de reducirse a 1% del PIB o menos, para evitar presiones inflacionarias. Pero eso no quiere decir que el equilibrio presupuestal implique necesariamente finanzas saludables:

acumulando deuda se frenan el presupuesto y la inflación. ¿Por qué se graba el impuesto al consumo, cuando lo que falló fue la renta?, ¿es porque estamos necesitados de aceptar compulsivamente las condiciones ventajosas del capital internacional?

México se ha distinguido por la polaridad en la distribución del ingreso. Julio Boltvinik señala que, en 1981, el porcentaje de pobres había bajado a 48.5% de la población y en 1998 volvió al nivel de 30 años atrás, 73%, es decir ahora hay 70 millones de personas que viven en la pobreza. La presentación de la iniciativa presidencial ha de responder abiertamente a todos, sobre la base de lo que es la verdadera paz a estos argumentos que concluyen que estas medidas aumentarán la inequidad y la pobreza en México.

4. Hacia la solución alternativa

En esta parte más amplia de nuestro análisis enfatizamos todos los elementos positivos de nuestro *humus* cultural para poder edificar una alternativa viable al neoliberalismo o, al menos, atemperar su salvajismo.

Sobre la base del diálogo evaluamos los resultados de la marcha zapatista, en la perspectiva de la verdadera paz. Luego señalamos, con un ejemplo sencillo, lo que se puede hacer por Chiapas, con pleno respeto de la pluralidad cultural. A continuación elaboramos el planteamiento de fondo del problema indígena y lo que “este mundo” es capaz de aportar al mundo sabelotodo neoliberal. Ello requiere plantear, con toda radicalidad y honestidad, el problema de los indígenas que tienen mucho que darnos para edificar la nueva alternativa cultural.

El catolicismo, manteniendo intacta su fe, puede vehicular con efectividad, en la actual concepción de la cultura. Para ello es necesario que se desmonte, de una vez para siempre, de la cultura normativa, universal y abstracta, en la que ha cabalgado. Así, finalmente se adelantará a preparar un terreno cultural apto para el cambio que el Estado debe dar, en ese mismo sentido.

Penetración de la cultura neoliberal...

4.1. Primero ser, luego dialogar

A medida que crecía la expectativa por la presencia zapatista en la capital, aumentaban las emotividades que oscurecen el conjunto. Pero la dignidad de los derechos indígenas no tolera ni demagogias protagónicas ni frivolidades multitudinarias ni “madruguetes” políticos. Exige amplios horizontes, visión penetrante, superación de egoísmos y, sobre todo, audacia ante lo inédito.

Se trata, pues, de empezar un diálogo real por los derechos y cultura indígenas, no de terminar al vapor una guerra no efectiva que, como un trámite más, elimine el obstáculo que ponen los indígenas para que las inversiones nacionales e internacionales se derramen profusamente en estabilidad social por aquellas tierras según las implacables leyes del mercado. ¿Qué es lo que de veras se pretende: que se acabe esta guerra que obstaculiza el mercado o que se respeten y prevalezcan los derechos indígenas? Éste es el grave riesgo que se está corriendo y por ello los zapatistas tienen que asegurarse de que se les conceda total libertad efectiva antes de dialogar sobre la nueva patria que todos queremos. Primero deben tener categoría de interlocutores para dialogar sobre una real alternativa a la prepotencia del mercado internacional. El proceso de paz abarca dos tiempos: dar a los indígenas plena libertad fundamental para dialogar, luego bajar a los perfiles discutibles del diálogo.

No se puede mediatizar de nuevo la dignidad de los indígenas en favor de la producción. El problema no es prioritariamente la pobreza extrema, sino la dignidad de los marginados, que son libres para opinar sobre el país que todos queremos. La solución tampoco es darles simplemente trabajo, educación, salud, para que mejoren sus condiciones, pero en injusta desproporción con las ganancias que se lleve la inversión extranjera de sus tierras.

4.2. Marcha zapatista: balance y prospectiva

El balance de los hechos se ha de hacer desde una difícil y costosa apertura de horizontes.

La nueva coyuntura cuestiona, desde su amplitud, sobre la necesidad de ampliar nuestra concepción tradicional del derecho y de enriquecerla con intercambios interculturales, antes insospechados, desde luego con la tradición y cultura indígenas.

Recordemos que el EZLN declaró una guerra simbólica al Estado mexicano tanto porque firmó el Tratado de Libre Comercio y entró definitivamente en la globalización, como porque su actual derecho vigente no reconoce todos los derechos que los indígenas necesitan para vivir en justicia conforme a la índole de sus propias culturas.

En cuanto a la globalización, es demagógico descalificar toda actitud crítica a su proceso, con la caricatura de globalifílicos y globalifóbicos. La auténtica crítica no se cruza de brazos ante la “irremediable” globalización, ni la condena y rechaza en bloque. Tampoco se contenta con negociaciones políticas convenencieras, que no toman en cuenta todo lo que acontece en el nuevo horizonte.

Ahora hay que implantar la nueva justicia desde el intercambio con todas las culturas diferentes. Será distinta. Incluso discrepará de la concepción liberal tradicional que no se abrió al nuevo horizonte de la diversidad entre las culturas. Son precisamente estas nuevas exigencias las que reducen, a sus verdaderas proporciones, el actual derecho vigente y amplían la noción de democracia con que nuestro mundo se ha contentado: transparencia electoral, aunque no se dé el valor real de interlocución ni se tomen en cuenta necesidades y propuestas.

No sólo se trata de transformar la cultura globalizada, eliminando sus limitaciones injustas. Se trata, además, de quitar al actual derecho su carácter de absoluto e intocable y de adaptarlo a las exigencias de la nueva justicia. Se trata de mirar a los indígenas desde un nuevo horizonte cultural que también los abarca. Hay que cruzar el puente transcultural para buscar y hallar, desde la otra orilla, una nueva justicia que respete la diversidad de culturas y les conceda a todos, en su diferencia,

Penetración de la cultura neoliberal...

verdadera categoría de ciudadanos capaces y creativos. Sin estas claves culturales no se podrá trabajar jurídicamente la iniciativa de la Cocopa. Ni bastan los especialistas en derecho o los eruditos conocedores de los indígenas.

La comparecencia indígena en el Congreso es simbólica en varios sentidos. Significa, primero, la protesta de una cultura secularmente marginada que no se resigna a vivir en la injusticia. Hace pública la tremenda injusticia, fruto de los abusos que caben en la ley actual y de su incapacidad para defender otros aspectos fundamentales de los indígenas y sus culturas. Pero, sobre todo, esta presencia habla desde la marginación que les desahucia por completo, al juzgarlos incapaces de aprovechar esta justicia que se les brinda y todavía más incapaces de crear una justicia alternativa con que puedan enriquecer a otros.

Segundo, significa la consolidación del poder republicano. El Congreso ha dispuesto, por propia responsabilidad, escuchar a los indígenas y fue evidente su autonomía frente al Poder Ejecutivo.

Tercero, significa también un desafío a la estrechez de miras e intereses de los partidos políticos. Se ha dado un sólido paso en la democracia respetuosa, al interior mismo del Congreso. Los intereses partidistas cedieron al diálogo y al acuerdo legislativo. El PAN también mereció una doble confianza: no estar dispuesto a ser partido oficial, y apegarse a la ley frente a intereses oportunistas, incluso en el papel de abogado del diablo que algunos representaron. El PRI también constata con mayor objetividad que, precisamente por ya no ser partido oficial, puede ocupar un lugar digno en medio del pluralismo, y que es posible dialogar con el discrepante. El PRD recibió diversos mensajes de ayuda: pasar del discurso ideológico obsoleto a la acción comprometida con los indígenas, aunque también corre el peligro de perder su identidad. Tiene que aprender mucho más del discurso realista y directo.

4.3. Las dimensiones de la paz

La marcha zapatista ha sido tomada con la frivolidad de las masas. Fácilmente se pasa por alto la profundidad del momen-

to con propagandas como “Unidos por la paz”, “Cartas sobre la paz”, y “Conciertos para la paz”.

La palabra paz tiene, aquí y ahora, indispensables significados de diversa profundidad que no se pueden ignorar. Todos ellos se mostraron desde el primero de enero de 1994, aunque no se hayan entendido.

Primero, no es una guerra entre personajes, entre “Marcos” y el presidente en turno, Salinas, Zedillo o Fox. La posible reconciliación que se ciñera sólo a ellos estaría condenada al fracaso; dejaría sin resolver la marginación de los indígenas. Porque no se trata sólo de ser humanitarios y llevarles la justicia; se trata de darles categoría de ciudadanos responsables, capaces de proponer, dialogar y decidir por ellos y por la nación entera. Es, pues, una lucha social contra la marginación en la que secularmente han estado los pueblos indios.

Ya ha dado frutos: para el obispo Raúl Vera, “los indígenas se hicieron sujetos sociales dueños de su propio destino” y “se despertó la conciencia nacional que trajo la democracia”. Es paradójico el símbolo: con el rostro descubierto no se les miraba y con el rostro oculto han llamado la atención. Y todavía más trágico es que este símbolo aún no logre que se mire al fondo de la dignidad de los indígenas. Se les ve como fuerte amenaza a los propios intereses. La lucha es, pues, entre concederles sus plenos derechos o no. Las razones de quienes se oponen son que alteran la ley o que amenazan la seguridad nacional.

La paz, pues, no es acuerdo entre poderosos que no toman en cuenta el orden social en toda su realidad diversa.

Segundo, la lucha empezó contra un viejo régimen que abusó de la democracia, en el que privó corrupción e impunidad que todavía seguimos descubriendo atónitos. A la sombra del antiguo régimen, el dominante caciquismo siguió despojando a los indígenas hasta dividirles sus comunidades. En un tipo de guerra de constantes amagos y ataques, el botín que se llevaba el poderoso pertenecía a las comunidades indígenas, principalmente sus tierras. La lucha zapatista, pues, nunca ha dejado de ser guerra defensiva ante la negativa a hacerles justicia de verdad.

Penetración de la cultura neoliberal...

El antiguo régimen incumplió lo acordado en el diálogo y reaccionó con una guerra de baja intensidad, con persecuciones, detenciones, muertes. Y como si fuera poco se activó el desmembramiento de las comunidades para disminuir la base social del zapatismo.

Desgraciadamente tampoco entre los católicos se llevó a fondo el compromiso solidario con los indígenas. Más les impresionó su legítima negativa a la violencia que la también legítima acción positiva de intermediación en favor de los derechos humanos de los pueblos indios. Los cambios en la Nunciatura, la jubilación de Samuel Ruiz y la remoción de Raúl Vera se entendieron como una línea de abstención de la iglesia en el conflicto. Aun ahora la nueva comisión episcopal por la paz y la conciliación en Chiapas no incluye a los obispos mencionados, los de mayor conocimiento y experiencia cercana del problema.

A los indígenas no les dejan otro camino que mayor violencia con terrorismo.

La paz, pues, no es poder político injusto que apabulla; es bienestar común, estable y dinámico.

Tercero, la democracia representativa ha dado legitimidad indiscutible al nuevo régimen político. El ambiente social y político ha cambiado. Hay mayor confianza para un diálogo franco, con la verdad. El gobierno quiere el diálogo. Ha retirado buena parte del ejército de aquella zona y ha liberado un número considerable de presos políticos.

Pero las exigencias del EZLN son las mínimas para que pueda haber diálogo; no se puede dialogar bajo amenaza.

El malentendido sobre la actitud del Comité Internacional de la Cruz Roja, favorece más al régimen de Fox que a las acusaciones de "Marcos", porque, de acuerdo con los ordenamientos que rigen la actividad de la Cruz Roja Internacional, la demanda del zapatismo no se inscribe en el derecho internacional humanitario, porque no hay guerra, no hay hostilidad ni desorden público. Para descargo de extremas exageraciones, este Comité no considera que el alzamiento zapatista sea guerra efectiva.

La paz, pues, implica un respeto al derecho ajeno que permite el diálogo veraz, real y siempre abierto a un cambio por el mejoramiento de la política social.

Cuarto, la democracia deliberativa no se contenta con la defensa de los derechos humanos ante un orden políticamente injusto, ni siquiera con el establecimiento de un nuevo orden político. Implica necesariamente que los derechos humanos no sean trascendidos por ningún poder. Ahora la política es trascendida por el poder económico globalizado y anónimo, que quita y pone gobiernos, así sean de izquierda, centro o derecha, e impone sus intereses y proyectos.

La paz que pide el EZLN tiene, pues, una última dimensión de profundidad frente al orden económico mundial. Descubre el último y más serio impedimento al diálogo. Fox está bastante condicionado por la economía global: su campaña, sus promotores y su propia mentalidad en la que parece someter su libertad de gobernante a su mentalidad de empresario. A su inteligencia de gobernante se le presenta la necesidad de resolver la contradicción que parece haber entre esta economía y la justicia.

Por ello es indispensable que se legisle el pleno reconocimiento de todos los derechos indígenas, antes de abordar el último problema sobre la globalización.

La paz sólo llegará cuando el poder económico mundial se someta por entero a los derechos humanos, sobre todo los de las minorías, todavía no reconocidos.

4.4. Plan de desarrollo regional en Chiapas

El Plan de Desarrollo de la Región de Guaquitepec, Chiapas, es una alternativa que ya ha demostrado, por ocho años, su eficiencia. No sólo se adapta a las condiciones mundiales sino que responde, además, con innovaciones perspicaces, interdisciplinarias y, sobre todo, humanas. Se trata de una verdadera alternativa, con personalidad propia de la cultura tseltal. Es un contraste gigantesco con el otro proyecto de desarrollo de las comunidades de Chiapas, de programa totalmente liberal, y auspiciado por el nuevo régimen.

Penetración de la cultura neoliberal...

Hay regiones de Chiapas que pertenecen al límite al que puede llegar una marginación que se genera en la metrópoli y termina en los últimos linderos. En Guaquitepec ya no es posible mayor marginación. La alternativa es forzosa. La inteligencia se ve obligada a crear lo nuevo, ante la aplicación deshumanizante de lo que ya existe.

La región se encuentra en el municipio de Chilón, en la parte noreste del estado de Chiapas. Abarca una extensión aproximada de 15 000 hectáreas y cuenta con una población de 4 200 habitantes aproximadamente, con denso crecimiento de población.

A partir del conflicto zapatista de 1994, los campesinos han recuperado porciones de tierra que les habían sido quitadas por los finqueros vecinos. A pesar de las condiciones de tensión y conflicto que resultan de una situación de guerra de “baja intensidad”, el cambio ha empezado a elevar las condiciones de vida de la población: en ocho años que lleva el proyecto se presenta un proceso acelerado de mejora de viviendas; se están adquiriendo animales de carga y algunas cabezas de ganado, aunque estas últimas no tienen una clara utilidad económica, sino son más bien una reserva para momentos difíciles; se han iniciado también organizaciones de grupos de productores, lo que les permitirá intervenir en las redes de comercialización regionales y nacionales. Sin embargo, la población, frente a la dificultad de desconocer el manejo de esta afluencia de tierras y sus posibilidades y si no puede acceder rápidamente a tales conocimientos, se verá en la necesidad de vender la tierra recuperada para resolver los problemas de sobrevivencia más presionantes, y regresará a las condiciones anteriores de extrema pobreza.

Una disposición abierta y respetuosa, sobre todo, de la cultura tseltal, aunada a la convicción científica de la necesidad de trabajo interdisciplinar, han dado excelentes frutos.

En educación se ha procurado dar significado y adaptación a los procesos educativos; por ejemplo, los niveles de rezago educativo se han abatido, y ha mejorado la calidad con que se prestan estos servicios. Se hicieron funcionar comunidades de aprendizaje. Se dio amplitud a los diversos procesos de consolidación de la identidad cultural. Los recursos humanos se ca-

pacitaron técnica y profesionalmente sin haber perdido sus valores culturales.

Las familias se alimentan mejor, particularmente los niños. Mejoraron los niveles de salud e higiene. El trabajo comunitario elevó su nivel de pobreza. La producción ha subido en ganado, huer-tos y hortalizas. Se han retenido y recuperado las tierras. Creció el empleo rural. Se logró una red de intercambio justo. Creció la capacidad instalada del conjunto de abasto comunitario. Y se ca-pacitó a las organizaciones creadas como microempresas en la comercialización. La vinculación establecida entre las áreas del proyecto obtuvo el fin concreto que se pretendía. Cuando se respeta con cariño las culturas de las personas como la base vigorosa del cambio, y cuando se aplican técnicas guiadas por aquellos valores, salen adelante las alternativas que son insólitas para la aceptación resignada del servilismo a que somete la nueva política mundial.

¡El cambio es posible desde abajo!

4.5. Plantear a fondo el problema indígena

El problema indígena se ha empantanado. “Marcos”, Fox y el Congreso han revelado la necesidad de replantear el problema desde los cimientos últimos de la realidad cultural. Para ello hay que bajar a insospechada profundidad jurídica, valoral y social.

“Marcos” ha vuelto a una “Realidad” que se le ha convertido en virtual. Fox no para de viajar y de derrochar optimismo poco realista cuando habla. El Congreso afirmó su soberanía, pero no ha resuelto el problema indígena, en tiempos en que urge la reivindicación del pluralismo cultural.

En “Marcos” se da una increíble paradoja entre el fondo y la forma de su proyecto. Basta conocer su entrevista con J. Scherer para descubrir, entre su verbosidad barroca, el lúcido planteamiento de fondo en torno al derecho de las culturas regionales frente al avasallamiento de la globalización neoliberal. Y, sin embargo, en la marcha del Sur, tanto insistió en la forma de presentarse ante el Congreso que pareció descuidar las vías de acceso para solucionar el problema. La forma militar y barroca

Penetración de la cultura neoliberal...

se comió el fondo de su bella utopía, o la ha metido en un callejón sin salida, a no ser que cambie radicalmente. Levantado el cerco militar al zapatismo, esperamos definitivamente, no le quedan a “Marcos” sino los dos cuernos mortales del dilema: guerra o diálogo.

Una alternativa es: guerrilla sin diálogo. Pero no se dan actualmente las condiciones mínimas para que la guerrilla avance. A “Marcos”, además, nunca se le ha dado la exclusiva de exigir los derechos y las culturas indígenas. Hay Congresos, como el Indigenista, y asociaciones no gubernamentales o de derechos humanos sólidamente concientizados. A ellos les corresponde asumir la bandera indígena, adelantarse y demostrar a la ciudadanía que el diálogo democrático es muy superior a las estrategias de la guerrilla, sobre todo en este nuevo régimen, más abierto y menos alejado de la democracia. La Constitución no se hace al gusto y pedido del caudillo, así esté respaldado por los comandantes. ¿No nos recuerda la época de los militares de nuestra Revolución?

La otra parte del dilema, también letal para “Marcos”, es: diálogo sin guerrilla. Dejada la singular retórica militar con que se arroga privilegios, “Marcos” sería un ciudadano común y corriente, que desarrolle su liderazgo por un camino sin invulnerabilidad de intocable. En la vida civil, el hombre detrás de la máscara “Marcos”, haría mucho por los indígenas, si los buscara más a ellos que a sí mismo. “Marcos”, pues, tendría que morir en la guerra para revivir a la democracia.

Vicente Fox también ha tenido serios descabros. Con excelente visión política hizo iniciativa suya el proyecto de la Coca-pa, para ponerlo en manos del Congreso. Desmilitarizó la región. En la marcha del Sur se mostró siempre abierto al diálogo. Su descabro viene después, al aceptar la ley del Congreso. Porque una de dos: o desconocía la diferencia entre ambas o le importaban menos, en su prisa. Su descabro consiste en que aumenta la desconfianza de la ciudadanía, al grado de preguntarse si Fox esconde su línea o simplemente no la tiene. ¿Qué paz busca? ¿La requerida para las inversiones extranjeras globalizadas? ¿Con quién pretende prioritariamente dialogar, con el mercado internacional o con los defensores de los

derechos y cultura indígenas? Se trata de interlocutores contrarios. ¿Cómo dialogar con ambos y ejecutar la acción mejor del gobierno?

La firmeza de ser un poder autónomo del ejecutivo no oculta las muy graves deficiencias del Congreso. Un núcleo del Senado dejó la impresión de afincarse en la cerrazón que “Marcos” les había provocado desde el inicio. Parecen caer ellos en la misma ambigüedad ya mencionada del presidente. Defienden, por ejemplo, que el cambio al tenor de la ley de “derecho público” a “interés público” es no sólo lo mismo que se pedía, sino que otorga mayor concesión a los indígenas. Pero más parece retórica política que afirmación jurídica. Tontamente provocan el rechazo de quienes piensan que no es lo mismo ser “estructuras organizativas del propio Estado” que “entidades que el Estado debe proteger”.

Con el ejemplo, vengo a tocar el planteamiento último para resolver el problema indígena. No bastan los remiendos del mismo sastre. 1) Sólo se puede plantear de manera adecuada desde una política democráticamente vivida, que realmente conceda a los indígenas categoría de interlocutores en la vida pública, para escucharlos y analizar juntos, lejos del poder inmatiatista, sus peticiones. 2) Sólo se puede plantear en apertura a un nuevo derecho. Pero nuestras legislaciones están hechas y remendadas por el oportunismo político más que por el interés común. Las exigencias de justicia son siempre nuevas y piden cambios no sólo de leyes sino de marcos culturales de referencia. 3) Sólo se puede plantear desde una nueva noción y filosofía de la cultura. Ya no es posible seguir manteniendo unos derechos y deberes abstractos, fijos, sin posible modificación, e impuestos uniformemente en todo tiempo y lugar, al modo de la cultura clásica de la conquista o de los imperativos de la globalización. Para llegar lejos hay que ir despacio.

4.6. Los indígenas inician el verdadero cambio

El problema de los derechos y culturas indígenas sólo se resolverá adecuadamente si se resuelven los tres principales componentes: el político, el jurídico y el cultural.

Penetración de la cultura neoliberal...

El planteamiento desde las últimas causas destaca claramente los objetivos de la trayectoria que queremos realizar como nación. ¿En qué medida vamos a aceptar el sistema actual y en qué medida lo rechazamos? La pregunta es ineludible. Urge responderla y asumirla pública y democráticamente, ya ahora, al menos en sus rasgos fundamentales. No hacerlo es sembrar confusión y descontento creciente, como lo hace la indefinición del actual régimen: titubea ante las acciones inmediatas que no esperan dilación.

¿Qué hacer ante la nueva ley indígena? La ley resulta a favor del sistema globalizante porque le permite imponer dos objetivos: su política y su ley, de tal manera que las autonomías de culturas plurales queden desactivadas definitivamente, sin ninguna posibilidad de desarrollar por sí mismas una alternativa diferente que llegue a ser capaz de crear otro sistema.

Desde el punto de vista jurídico quedan muchas dudas, incluso sobre la legitimidad de la nueva ley. Juristas renombrados sostienen que se modifica por completo la ley de la Cocopa hasta vaciarla de contenido. Se cuestiona además la soberanía que el Congreso se arrogó esta vez. No se cuestiona su independencia del Poder Ejecutivo, pero, ni en teoría, el Congreso es tan independiente que resulte omnipotente. Tiene límites y una obligación muy seria de estar atento a la sociedad y a sus actores sociales. Le corresponde, por lo democrático de su constitución y función, elaborar y constituir en leyes las iniciativas y valores que expresan el sentir de la sociedad. Igualmente arguyen los juristas la oposición que hay ente el Convenio 169 de la OIT y la nueva ley. El presidente, pues, podría y debería vetarla. Desgraciadamente las discusiones jurídicas son interminables, porque fácilmente se entra por la dinámica de utilizar las leyes para argumentar lo que se quiera.

Desde el punto de vista político queda claro que la mayoría de las tendencias que componen el Congreso –las personas y los partidos– no está dispuesta a negociar la paz en Chiapas, ni considera que el problema indígena puede generalizarse y agudizarse, ni la explosión del problema en pueblos y naciones que están dispuestos a defender sus derechos, usos y costumbres frente al reduccionismo del sistema.

El hecho dramático es que multitudes de indígenas en México y América Latina, de pueblos africanos y asiáticos, sobreviven al margen del mercado y excluidos de las leyes que están en vigor. Ellos no rompen la paz del sistema. Están fuera, en situación de genocidio. Su lucha es por ser reconocidos como ellos son, no como el sistema quiere que sean.

Esta honda problemática indígena tiene estrecha conexión con un problema educativo acuciante en estos momentos. El sistema neoliberal está deformando, en México, la concepción misma de la educación. En perspectiva humanista, la educación se mira como un derecho de cada ser humano a completar el desarrollo de sus potencialidades como persona. La educación está *ex profeso* para hacer personas; sería como una gestación prolongada: del ser biológico al desarrollo de la persona. La gestación estricta es gratuita. El producto no debe pagar un costo por un beneficio que recibe en el seno materno. Análogamente: los educandos, al igual que los indígenas, al prolongar su gestación en la matriz de su cultura tienen derecho al pleno desarrollo como personas en su cultura propia, sin que tengan que ser transplantados a otra matriz.

Ahora bien, cuando la fragmentación especializada olvida al sujeto, mira la educación como un beneficio productivo, como modernidad, calidad total, competitividad, por no decir individualismo. El trabajo se aísla del trabajador, se convierte en mercancía con un precio. En consecuencia, el crecimiento del indígena y de todo mexicano fuera de su matriz de origen, no es registrado por esta concepción educativa. Les hace perder su identidad, los convierte en beneficio productivo, y les obliga a entrar en la competencia del mercado. Competirá de esta manera el educado, pero a fuerza de dejar de ser lo que es.

No se trata, por otra parte, de hacer reducciones indígenas, sino de respetar su propia identidad cultural, incluyendo su economía y su concepción de propiedad, para abrir un puente intercultural de mutuo enriquecimiento.

Surge una pregunta más radical: ¿podía la actual política, incluyendo a los mismos partidos, hacer otra cosa? Están demostrando que no. Y hay una razón que no quiere aceptarse: que la penetración del sistema ha desactivado y está reconfiguran-

Penetración de la cultura neoliberal...

do todas las instituciones, particularmente las políticas. Es lastimosa la desorientación de los partidos. Es inquietante y sospechosa la debilidad de los sindicatos, la privaticidad de los grupos empresariales, y el silencio prudencial y obsequioso de las asociaciones culturales y religiosas.

La deficiencia política, pues, sólo puede ser superada ahora por la acción de los actores sociales que democráticamente protesten contra la ley y promuevan su rechazo.

4.7. *Por un catolicismo sin cultura propia*

Mauricio Rossell pone el dedo en la llaga al preguntarse si no es contradictorio hablar de “cultura católica” (*El Universal*, 13 de abril de 2001). Su cuestionamiento lo desarrolla por dos líneas: la de la derrota de la “cultura católica” por la cultura moderna, hasta su aislamiento de la vida pública, y la oportunidad que tiene, con el régimen actual del presidente Fox, de reflorcer, aunque también con el riesgo de entrar en política e integrarse con el Estado. Y es que la “cultura católica” no puede salir de la intelectualidad universal ni del poder en la vida pública.

Con libertad respetuosa, expongo mi opinión.

1) Creo que esa “cultura católica” implica uniformidad y distancia frente a otras culturas que no la aceptan. Es decir esa “cultura” se impone primero para luego, cuanto mucho, evangelizar dentro de ella. América preanunció la novedad de culturas plurales, y desafió la validez de las normas de la cultura universal. En México, un reto enorme está a la puerta. La religiosidad popular se tolera como mal menor por la “cultura católica”. En realidad es mucho más viva y profunda de lo que parece. Ha preferido seguir su propio caudal de vida a someterse a los diques culturales externos.

2) Creo igualmente que la iglesia católica se encuentra ante el gigantesco reto de aceptar vivir sin esa “cultura católica”, de entrar en las diversas culturas de hoy, no en poder sino en servicio, no en riqueza sino en pobreza, para anunciar el valor del Evangelio por sí mismo. El Evangelio no entra por imposición de doctrinas o disciplinas, sino por libre aceptación. Si la

entrega en la fe no es libre, el Evangelio no trasmite su fuerza en la práctica cotidiana de la vida. Los católicos sabemos en la fe que el Evangelio acoge las culturas más diversas para transformarlas sin que pierdan su identidad propia. Es fuerza interna para que las culturas se desarrollen, no cultura que se impone. Es vigor que trata de unir lo diverso, sin alterarlo.

Explico mis razones. La cultura europea de normas universales se escindió, en ya lejano pasado, en dos ramas opuestas: el catolicismo poderoso de Roma, y la modernidad secular y antirreligiosa. Toda esta cultura secular se perfiló sobre la base económica moderna y, a su vez, se bifurcó en la rama del capitalismo liberal, con el capital en la base de toda sociedad, y en la rama del marxismo, con el anticapital económico, igualmente base de toda sociedad. En México, ahora, el nuevo capitalismo, más poderoso, sigue manipulando la oposición cerrada que aún mantiene la “cultura católica” a la izquierda, para ocultar el dominio que el mismo capitalismo sostiene de hecho sobre la “cultura católica”. En realidad, el poder de toda esta cultura dominante no ha dejado crecer del todo al catolicismo. El Evangelio, sin embargo, no dejó de dar frutos de vida auténtica: de ordinario con autenticidad menor, es decir, bajo el dominio de la cultura y, además, por breves tiempos, con autenticidad mayor, desafiando al César desde una libertad superior.

La posmodernidad, es verdad, es muy tolerante, a causa de un escepticismo rayano en el cinismo y la irracionalidad. En México se vive actualmente esta posmodernidad en movimientos universitarios y en el anonimato urbano de jóvenes, sobre todo, de clases altas y bajas. Pero también existe la vieja cultura legal y antirreligiosa, dispuesta a dar la batalla contra cualquier brote de la impropriamente llamada “cultura católica”. Esto lo sabe el nuevo régimen de Fox, aunque viejos católicos crean que el antiguo régimen antirreligioso ha sido liquidado y anhelan volver a la otra faceta cultural, la “católica”.

La práctica católica decae, no por el Evangelio sino por el molde obsoleto de cultura en que todavía se encuentra. El decaimiento hace buscar nuevos sentidos religiosos, donde no se aíslan las doctrinas y normas religiosas de la vida. Las prácticas religiosas orientales no sólo atraen por la novedad, sino

Penetración de la cultura neoliberal...

porque están conectadas a la vida y no sometidas a una cultura ya obsoleta.

De todos modos, la racionalidad moderna está en profunda crisis en el lugar que la vio nacer, incluso el pragmatismo del capital internacional y anónimo: se reserva un nuevo estilo de poder que no necesita de las cortapisas filosóficas, jurídicas y morales propias de la ahora ya vieja cultura moderna. Sólo le basta estar abierta a una democracia, controlada en elecciones muy formales (piénsese en George W. Bush) pero cerrada a la dinámica ulterior de la democracia consultiva y deliberativa, porque las nuevas ideas amenazan su poder sumo.

Así pues, el catolicismo no tiene una cultura propia. El imperativo evangélico consiste en insertarse en las diversas culturas, para producir nuevos y propios frutos en esas tierras. Para ello, los evangelizadores que llegan a una nueva cultura tienen la obligación de intentar despojarse de todo lo propio de su cultura para aceptar lo más posible la nueva y dejar que el Evangelio produzca fruto en ella. Sólo así, el Evangelio, desde dentro de las culturas, es “memoria” peligrosa e instancia crítica liberadora de todas ellas.

4.8. Bifurcación en el paso a la vida civil

Ahora cobra mayor importancia la necesidad de aclarar la distinción entre el movimiento zapatista y la causa indígena.

El primero es un movimiento concreto de guerrilla simbólica más que efectiva, que mucho ha logrado, sobre todo despertando y avivando enormemente la conciencia, en el país y en el mundo, en favor de las diferencias de las culturas indígenas, y ante el arrollador movimiento de “esta igualdad” de derechos que ha impuesto el poderoso.

No se podrá avanzar en el proceso de liberación cultural si esta aclaración no se impone sobre la confusión que siempre parece provocar el liderazgo de las diversas culturas.

Hay muchas culturas indígenas en la nación; en todo el mundo hay infinidad de culturas regionales, además de las indígenas, y finalmente, empieza a nacer desde las bases un nuevo ciclo histórico que no acepta la imposición de una norma

cultural, sino que busca, en encuentro profundo de todas, abrir a una nueva época de unidad en la diferencia.

Con esta aclaración no podemos volver a caer en una práctica en donde una de las diferencias se imponga sobre las demás.

Por otra parte, la voz del sub “Marcos” descubre un hondo y rico carisma: luchar por los derechos y culturas de los indígenas para que vivan plenamente su dignidad y libertad de seres humanos, y denunciar el sistema mundial de mercado inhumano. Mucho tenemos que agradecer al zapatismo y al sub por ese carisma que nos ha ayudado a tomar mayor conciencia de la realidad.

Ahora veamos la opción que tiene el EZLN, si deja la vía armada. Es entre un movimiento social, desde abajo, como alternativa al sistema dominante, o la militancia por la vía política. Exploremos esta bifurcación de caminos que toman rumbos diferentes, aunque se dirijan a un mismo destino.

1) La vía de un movimiento social, estrictamente cívica y pública en toda su amplitud me parece la mejor para conducir a un mundo más humano.

La eficacia de esta vía está en la coherencia, profundidad y amplitud con que se viva. Implica una condición: coherencia completa entre lo que se piensa y dice, y lo que se hace. Excluye ciertas medidas que constantemente aplica la otra vía, la política, como la violencia verbal, el manejo del poder, el gambito político, la acción mediática, el manejo del fundamentalismo legal. La vía social no pierde de vista el total horizonte de los derechos y autonomías del pluralismo de culturas. Nace y se desarrolla en el encuentro sincero y leal entre las personas y las comunidades. Desde ese *humus* de comunicación y solidaridad levanta las instituciones, incluso políticas, para el servicio de las comunidades. Lo importante es compartir las vivencias y anhelos de justicia, en su sentido más amplio.

Esta vía no necesita y, menos, imperiosamente, que el pleno del Congreso le escuche. Lo que le importa es que la voz auténtica que surja desde abajo, tenga que ser escuchada tarde o temprano, en lo alto. La vía social es la única que puede desafiar y liberar de los sistemas que, como el actual, tienen controlada la política.

Penetración de la cultura neoliberal...

Ya salen sobrando tanto los signos militares como el lenguaje y alto promedio (*rating*) de popularidad política. “Marcos” critica lo que hace Fox y lo imita. Es más, esto daña la vía social. Lo que importa es el crecimiento coherente y solidario de una sociedad que tarde o temprano tiene que ser escuchada por el poder político, al ya no poder resistirle. Piénsese en M. Gandhi o M. L. King y en su lento pero implacable avance, por no mencionar el secreto indígena para sobrevivir.

Por su parte, el Poder Legislativo fragmentaría funestamente su horizonte y su fuerza si se atuviera solamente al derecho escrito y perdiera de vista la fuente viva de derecho que es la sociedad misma y no una codificación de ella. Si el Congreso no tuviera la plena potestad de crear nuevo derecho, sería ejecutor, no plenipotenciario.

2) La vía política del zapatismo, como partido o como movimiento político, sería muy diferente. Exige, en primer lugar, salir de la clandestinidad, darse a conocer las personas y sus trayectorias políticas. Por cierto, lo que escribe Jaime González Graf, de la trayectoria política de “Marcos”, es muy fuerte (*El Universal*, 18 de marzo de 2001, p. 24). Marcos, como político, podría exigir ser escuchado por el pleno del Congreso, sólo por la vía que legitime su representación. Pero tiene que demostrarse tanto ante el Congreso mexicano como ante el Parlamento europeo ¿Cómo prueba el sub que es el legítimo representante de las diversas etnias indígenas, y no ha manipulado o se ha arrogado atribuciones por la vía violenta? Además habría incoherencia en “Marcos” si entra por esta vía, ya que ha argüido que la política está manejada por el sistema, y para desafiar al sistema, ¿se sometería al mismo que desahucia?

4.9. Nuevo estado en diversidad igualitaria

Los últimos acontecimientos parecen traer al gobierno de Vicente Fox por la calle de la amargura: desconcierto y perplejidad ante la cultura indígena, insistencia en sacar adelante el presupuesto fiscal; incluso, lo que pudiera ser un acto de apoyo y confianza con la venta de Banamex, siembra ambigüedad y desconfianza. Además, ante al nuevo embajador mexicano en

El Vaticano, también el Papa expresó su preocupación por la justicia fiscal y las culturas indígenas.

Al buscar un amplio horizonte para entender la actual situación de México, leí una opinión de A. Touraine sobre el gobierno de Fox. Me llamó la atención; dice: “La idea de Fox desde el principio fue el romper el control del Estado por parte de un partido político, para abrir la puerta a un tipo de 'populismo nacional' que le conviene para aumentar su propio poder frente a los partidos políticos” (*El Universal*, 19 de mayo de 2001).

Podemos analizar esta afirmación en el horizonte en que nos sitúan las respuestas a tres preguntas fundamentales: ¿de dónde venimos?, ¿dónde estamos?, ¿a dónde queremos ir?

En cuanto a la primera, empiezo por reconocer tres hechos macizos: terminaron el partido de Estado, el presidencialismo absorbente y abusivo, y el corporativismo estatal y despótico que explotó y deformó la conciencia ciudadana hasta sus bases. Fue un cambio definitivo de la ciudadanía que, espero, se asiente definitivamente. Hay que tomar conciencia de él y de los peores males que nos libró. Pero queda por rehacer la conciencia ciudadana.

¿Dónde estamos? En una situación política con dos características principales: muy profunda crisis de los partidos y del ámbito político, y el hábito ciudadano irresponsable de que el Presidente siga haciéndolo todo, para su bien o para su mal.

La visión y el temperamento de Vicente Fox ha captado más las secuelas presentes del viejo presidencialismo que ahondado en el significado de la crisis política generalizada. Así explico el fuerte calificativo de Touraine sobre Fox: “Populismo nacional”, que le lleva a prometer muchas cosas a la nueva nación y a no bajarse del carro del nuevo protagonismo presidencial. Parece que sigue en campaña, ya no para las elecciones sino para obtener un poder real que necesita para gobernar. Creo, sin embargo, que el camino al poder no son las promesas, ni el pragmatismo ni el eficientismo administrativo, calculador de los medios, sin explicitar los fines de mayor horizonte. El equipo de Fox deja la impresión de no mirar ni referirse a los lugares distantes que están condicionándonos fuertemente. Poco o superficialmente hablan del actual orden económico global. Y si

Penetración de la cultura neoliberal...

lo mencionan, no lo enjuician en un planteamiento más de fondo. Y estas omisiones provocan desconfianza entre los ciudadanos más conscientes.

Aunque la masa siga en el cómodo populismo ya tradicional, hay grupos selectos e influyentes que quieren anticiparse para acaparar más poder. El gobierno no deja la impresión de estar consciente, en interpretación benigna, de todo ese mundo mediato que tanto ha alterado nuestra vida nacional.

La actitud se comprende, sobre todo a lo inmediato. Pero no se justifica, sino que inquieta seriamente y hace perder la confianza. Vista en un horizonte más amplio descubre serias fallas: la crisis generalizada de la política y de sus conceptos centrales como “nación”, su causa, de dimensión global, y los efectos de esa crisis tanto en la sociedad como en sus valores culturales.

México necesita redefinirse como nación, en el contexto actual, muy diferente al contexto de antes de la caída de la antigua Unión Soviética. La economía global entró triunfante en México con el TLC y empezó a desarticular las antiguas instituciones de la vida política: los grupos sindicales, campesinos, empresariales, los partidos políticos. Ya han sido reconfigurados. Y tiene razón Touraine, Fox no puede ganar poder en ese mundo político tan condicionado por el poder global.

Entonces, si ni las ofertas populistas, ni las luchas políticas le dan poder al nuevo gobierno, ¿dónde encontrarlo? Donde parece que nadie lo busca: en el subsuelo social, en la cultura que anima la sociedad. Con razón intuitiva “Marcos” no busca un partido político sino un movimiento social. Ahora, las exigencias de la sociedad son claras ante este mundo regido por la nueva economía: evitar la pérdida de las propias identidades culturales frente al uniformizante movimiento de una nueva “cultura” que debería comprobarse como genuina.

El cambio que se requiere necesita un presidente estadista, no presidencialista; un Poder Legislativo igualmente estadista, no sólo político que dependa de las pugnas partidistas; un Poder Judicial abierto a la constitución de Estado mexicano, no sólo competente en la ejecución legal sino, como el Poder Legislativo, abierto al nuevo derecho y la nueva cultura.

La antigua política centralizadora impulsó un indigenismo sometido, al que, en parte, exaltaba y en su mayoría dominaba. Ahora el indígena protesta porque no es un individuo marginado.

El movimiento indígena es parte de la reacción social y cultural, en el problema de la igualdad y la diversidad. No se puede implantar una igualdad determinada. La lucha contra las desigualdades sociales implica sostener la diversidad cultural. De otro modo es un absolutismo renovado. Por ello Touraine se atreve a sostener que la democracia del siglo XXI sea probablemente la que permita alcanzar la igualdad de los derechos culturales.

Sólo en ese nuevo contexto pueden subsistir las naciones. Sólo así se puede contrarrestar el supremo poder global por el conjunto de todas las naciones, aceptadas en su diversidad cultural.

Sólo un México en su igualitaria diversidad dará nueva fuerza política a los gobiernos que acepten esta respuesta a la pregunta ¿a dónde va México? Ojalá se convenza de ello el gobierno de Fox. De otro modo la marcha que viene del norteño Monterrey querrá imponer su propia concepción de igualdad a la marcha sureña que defiende la diversidad como condición cultural nueva e indispensable para poder realizar la verdadera igualdad. Será este reconocimiento cultural el que devuelva su sentido a las nuevas mediaciones políticas.